

NOTAS DE UN VIAJE (1)

LA “VISTA DE PAMPLONA,,

PINTURA DE UN «AURRESKU» ATRIBUIDA A VELAZQUEZ

El mismo efecto de sorpresa que producirá en mis paisanos, y en los que no lo son, la lectura de este subtítulo, me lo causó a mí la contemplación de la obra a que se refiere. Ello fué en Apsley House, la suntuosa residencia en Londres del Duque de Wellington, regalo de la nación a aquel *Iron Duke* que la llenó de gloria, y que yo visitaba por graciosa mediación del Embajador señor Merry del Val. Constituyen principal adorno de la casa los cuadros cogidos en Vitoria en el equipaje del Rey José y regalados después al Duque por Fernando VII, a quien intentaba devolverlos. Los recuerdos gráficos de aquella batalla y del general Alava que allí se encuentran, darán materia quizá para otro artículo. Pero lo que entre tanta obra de arte y algunas de primer orden, hizo en mí la impresión de lo inesperado, fué el encontrar en un oscuro cuadro un corro de damas y caballeros que alegremente danzaban, unidas por medio de pañuelos sus manos; veíanse en el cuadro también mujeres ataviadas con grandes tocas vascas. En la parte superior se destacaba, enguirnaldao y sostenido por dos ángeles, el escudo de Navarra con sus cadenas.

Estudiado el asunto en la enorme bibliografía proporcionada por el Museo Británico, hallamos que los más antiguos escritores que mencionan este cuadro, (*Stirling: Annals of the Artists of Spain*, 1848; *Quartely Rewiew*, 1853; *Bürger*, pseudónimo de T. E. J. Thoré, en su *Catalogue* publicado, con la traducción francesa del libro sobre Velázquez de Stirling, en 1865; *Edwin Stowe: Velázquez*, 1881; *Curtis: Velázquez and Murillo*, 1883; *Cyclopedía of Painters de Champlin*, 1888; *Bryan's Dictionary of painters and engravers*, 1905), lo citan entre las obras de Velázquez, haciendo de él alguno grandes elogios y sin que falte (en la segunda de las obras mencionadas) quien sepa, por aquel escudo, que es en Navarra donde se desarrolla la acción. Carl Justi en su obra tan completa acerca de Velázquez (1888), describe con toda minuciosidad este cuadro, conoce lo más esencial de su asunto con muchas noticias a aquel referentes y afirma que no es de la mano del maestro. En el Catálogo de las pinturas y esculturas de Apsley House por Evelyn Welling-

(1) De la revista vitoriana Ateneo, ya desaparecida.

ton (1901), se atribuye la obra que nos ocupa a Velázquez o Juan Bautista del Mazo. Nosotros debemos ahora reunir los datos que respecto a aquella conocemos de mayor interés.

En Abril de 1646, deseoso Felipe IV de que su hijo D. Baltasar Carlos fuese jurado heredero de la Corona por los navarros, como el año anterior lo había sido por los aragoneses, trasladóse, figurando Velázquez y Mazo en el cortejo según cuenta Cruzada Villaamil en sus *Anales*, desde Madrid a Pamplona, donde, después de reconocerse los Fueros de tal Reino, se celebró aquella ceremonia solemnemente el día 3 de Mayo. Parece que el Rey solicitó también de las Cortes navarras una contribución de trescientos hombres y de dinero; y que los navarros inflexibles respecto a esta última parte de la petición (*hartköp figen* es el epíteto que el alemán Justo lanza sobre sus duras cabezas), hicieron que, no muy contento, saliera el Rey al día siguiente de la jura para Zaragoza, donde se colmaron por Octubre de aquel mismo año las desgracias que le perseguían, con la muerte de D. Baltasar, su hijo único. En esta jornada fué cuando, según consta en el *Obelisco Histórico* escrito por D. Juan Francisco Andrés, Cronista de Aragón, y publicado en Zaragoza el mismo año de 1646, pareció al Príncipe «hallándose con su Magestad en la Ciudad de Pamplona q se pintasse de punto baxo, i mando a Iuan Bautista Martínez Maço, Uxer de Camara de su Magestad, i Pintor de su Alteza, I muy favorecido, natural de Cuenca» (importante es también este dato acerca de la discutida patria del artista), «la dibuxasse; i le advirtio que para hermosearla pusiesse en los terminos más propinquos a los ojos, diversidad de figuras, assi de hombres como de mugeres, en traje Guipuzcoano, Vizcaino, Roncales y Provinciano, cuya variedad, i edificios, son hermosa detención de la vista. Consiguiose el acierto..... pero la que mereció mayor agrado en su Alteza, fue Çaragoça, pues no se contentó que se copiara en lienço de pocos ensanches, sino en uno q se dilatava en largueza algo más de quatro varas Castellanas, i en altura nueve palmos.....» De las dos pinturas a que aquí se alude, la de Zaragoza se conserva actualmente en el Museo del Prado; y la de Pamplona, que al igual de aquella figura en el *Inventario de Palacio* de 1686, y como existente en los «transitos angostos sobre la Cassa del Thesoro», aunque con las dimensiones «de 4 varas de largo y poco menos de alto», no menores que las del gran cuadro de Zaragoza de que hablaba ya el Cronista de Aragón, fué vista por Palomino «en Palacio en el Passadizo de la Encarnación, antes que se colocasse allí la Real Librería» (*Museo Pictórico.—Parnaso Español*, tom. III, 1724), mientras que Cean Bermúdez (*Diccionario histórico*, 1800 Tomo III) al copiar el dicho de aquel, añade solo que «la de Zaragoza se conserva en el quarto del rey del palacio nuevo», y sin que hoy del citado lienzo de gran tamaño con asunto de Pamplona, se sepa si pereció en el incendio del Alcázar de 1734, o donde haya ido a parar. Seguramente no son tal ejemplar, pues en ellos las dimensiones sensiblemente iguales en ambos (seis palmos de anchura

por siete a lo alto, con marco barroco de siete dedos de ancho en los dos) se nos dan inferiores a las de aquel, ni el de Apsley House, comprado en 1844 a Mr. Brackenbury y cuyos demás detalles, incluso el de llevar en lo alto las armas reales de Navarra, coinciden con las del *Inventario de Palacio*; ni el que el Sr. Beruete y Moret (*The School of Madrid* 1909) indicaba como una representación de Pamplona en poder del Marqués de Casa-Torres,—acaba de ser reproducida en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, correspondiente al II trimestre de 1915, con oportunas anotaciones por don Francisco Javier Sánchez Cantón—, y que merced a la amabilidad del Marqués he podido contemplar entre su magnífica colección, en la que aparece rotulado con letrero antiguo como obra de Mazo y Velázquez, reputándola solo del primero su dueño actual, quien me refirió que el cuadro había pertenecido a Carderera, de cuya mano se conserva con aquel un papel manuscrito, y que después lo poseyó el Marqués de Echeandía en Pamplona, guardando éste una copia cuando el original pasó a poder del Marqués de Casa-Torres. Ambos ejemplares, el de Casa-Torres y el de Apsley Huse, representan indudablemente la entrada de Felipe IV en Pamplona, pero a pesar de su identidad de asunto y tamaño, la composición general es bastante diferente en ambos, pareciendo que en el de Casa-Torres el punto de mira se encuentra más próximo a la Ciudad, sin que se hallen en él en cambio el escudo de Navarra, ni el corro de danza que se ven en el del Duque de Wellington.

En este, del que no podemos dar reproducción fotográfica que es difícil resultase visible dado lo que la obra parece haber sufrido, el tono general es amarillento, con cielo oscuro como incendiado, del que destaca una montaña de intenso azul. Ante ésta se extiende un valle con triple corona de altos cerros, que a nuestra izquierda se cortan en un precipicio, cubriéndose de vegetación en la parte de la derecha. La ciudad de Pamplona, encerrada entre gruesas murallas e inundados fosos, se nos muestra con jardines, casas dispersas y algunas de sus edificaciones antiguas más características. Hacia la puerta de la ciudad que se ve en el centro, se dirige el coche regio por un camino situado a nuestra derecha, mientras que por la izquierda avanzan hacia aquella también otros carruajes. En el primer término de la izquierda hay un caballero con sombrero de blancas plumas, representando acaso a D. Baltasar Carlos, que al trote velazquesco de su grueso caballo, se lanza rodeado de otros jinetes hacia el centro de la escena. Entre la abigarrada muchedumbre que admira el cortejo, hacia el cual corre una fila de personas, distinguimos ocho o diez mujeres vestidas a la navarra, con tocas blancas muy grandes, una de éstas en pico como de roncalesa. Y el corro de baile figurado en el segundo término de la izquierda, al lado del cual hay tres hombres y por otra parte tres mujeres que lo presencian, representan a mi modo de ver la danza vasca tradicional del auresku, aunque desconozcan el dato los autores que de esta obra han escrito. Las diez y ocho figuras de la rueda parecen gente principal y en los caba-

llos se perciben las blancas golas y rojas bandas de la cintura; alternan éstos en el corro con las damas, y los pañuelos con que ellas y ellos enlazan sus manos, son verdaderamente enormes, detalle de trascendencia moral y hoy hasta política, que espero no pase en mi tierra desapercibido. Justi al preguntarse qué significaría esto, alega que era costumbre entre las damas españolas bailar con los guantes puestos, excepto cuando lo hacían con el Rey, y que las Infantas danzaban con los Grandes del modo aquí representado. Explicación, añadimos nosotros, que no es en este caso suficiente, pues mal podrían reunirse entonces en Pamplona nueve Infantas de España; mientras que ese modo de enlazarse damas y caballeros, es de ritual en el *aurresku*, que los naturales del país y acaso a su imitación los cortesanos a quienes sorprendiera y gustara, bailarían en aquella ocasión en Pamplona. No muchos años más tarde, (en 1660), se verificó el *Viaje del Rey Nuestro Señor Don Felipe Quarto el Grande a la frontera de Francia* en el que también tomaron parte Velázquez y Mazo y que nos relata D. Leonardo del Castillo en un libro así titulado, (impreso en Madrid, 1667), citado por Justi en alguna ocasión, y que nosotros no debemos echar en olvido por las noticias tan interesantes que contiene acerca de nuestro país. En dicha relación ha podido ver el docto profesor de la Universidad de Bonn, lo que son las que allí se llaman *Danças de Guipuzcoa*, aunque se omite el detalle de los pañuelos sabidísimo en todo el país vasco, y como ante los Reyes se bailaron repetidas veces durante aquel viaje, en Villareal, Zumárraga, Tolosa, San Sebastián, etc. . . . , componiéndose en Tolosa la rueda «no solo de la gente más lustrosa de la Villa, assi Cavalleros, como Damas, y personas menos conocidas, sino tambien de algunos Cavalleros moços de la Corte, que se quisieron mezclar en la ostentación del regocijo, y admiro la constancia, con que las mugeres sustentaron la fiesta toda aquella tarde tan a costa del cansancio, que les causaría el mantenerla tantas horas.»

Ahora nos interrogaremos: ¿Puede defenderse la atribución a Velázquez de la pintura de este *aurresku*? Los datos literarios que conocemos acerca de la *Vista de Pamplona* grande que se conservaba en Palacio, establecen para ella iguales origen, propósito y composición y una tasación de cien doblones más, que para la *Vista de Zaragoza* que lleva el nombre de Mazo, pero en la cual los críticos (Stirling, Bürger, Curtis, Cruzada Villaamil, Lefort, Picón, Knackfuss, Bréal y ambos Beruetes), con la excepción no muy fundamentada de Armstrong, Ricketts y Calvert y el escepticismo de Justi, atribuyen a la mano de Velázquez por lo menos las figuras que dan a esta obra tanta animación y que en ella se hallan en el primer término. ¿Se pudiera, por analogía, creer lo mismo de las figuras que adornaban aquella *Vista de Pamplona*? En tal caso habría derecho a pensar, ya que el cuadro de Apsley House es el que más fielmente reproduce los detalles que conocemos del de Palacio, que Velázquez pintara también el corro de *aurresku* que allí existiría.

El lienzo que he tenido ocasión de examinar en Londres, aunque algo des-

hecho como hoy lo encontramos, por el tono dorado de su pintura, por la distribución y agrupación de las figuras con suma naturalidad, y por detalles de algunas de éstas como la de un caballero con manto rojo semejante al de la *Cacería del jabalí de la National Gallery*, los coches del cortejo que también evocan a los de esta última obra y de la *Vista de Zaragoza*, los tipos de mujer, los caballos....., recuerda a otros cuadros en los que hoy se da como segura la intervención de Velázquez. Sabido es sin embargo, cómo Mazo su yerno, que en la *Vista de la Calle de la Reina en Aranjuez* y en otras obras que citan los catálogos desarrolla asuntos y pormenores algo semejantes a los del cuadro que nos ocupa, copió tanto al maestro en muchas de las mencionadas particularidades. No creemos que la obra de Apsley House haya sido un boceto, del mismo modo que el señor Beruete y Moret tampoco cree lo sea la del Marqués de Casa-Torres que reputa de la mano de Mazo, por estar demasiado acabada. Hay que considerar empero respecto de la *Vista de Pamplona* que, según el texto que arriba exhumamos, debió de hacerse en lienzo pequeño de manera definitiva, aunque luego se ampliase a otro igual que el de la *Vista de Zaragoza*. Tampoco nos opondríamos, dado el aspecto del cuadro de Londres, a que éste fuese una mera réplica, acaso de las llamadas *de taller*, tomada de la *Vista de Pamplona* que nos dicen existió en Palacio y con la que se corresponde tan exactamente. Ignoramos si pertenecerán a tal categoría de réplicas la *Vista de Zaragoza* que se cita como existente en el Museo del Hermitage, cuyo tamaño es semejante al de la obra de Apsley House, y la *Vista de una Ciudad* que Bürger sugiere que pudiera ser Pamplona o Zaragoza, cuadro atribuido a Mazo y que se vendió en París con otros del Conde de Gessler en 1866. Pero sea cual fuere la relación de la obra que nos ocupa con la otra de mayor tamaño, bien podremos creer que, como sucede en la *Cacería del jabalí de la National Gallery* respecto al cuadro del mismo asunto que hemos examinado en la *Wallace Collection* también en Londres y que por sus dimensiones es equivalente al de Apsley House—, en la obra mayor entrarían todos los elementos de composición que en las menores encontramos y acaso algunos más que en estas no tuvieran cabida.

ANGEL DE ARAIZ.

